

Me lo han dejado, como a barco roto,
con anclas de metal en los pies tiernos;
le han esquilado como a la vicuña
su gloria azafranada de cabellos.
Pero su Ángel-Custodio anda la celda
y si nunca lo ven es que están ciegos.
Entró con él al hoyo de cisterna;
tomó los grillos como obedeciendo;
se alzó a coger el vestido de cobra,
y se quedó sin el aire del cielo.

El Ángel gira moliendo y moliendo
la harina densa del más denso sueño;
le borra el mar de zarcos oleajes,
le sumerge una casa y un viñado,
y le esconde mi ardor de carne en llamas,
y su esencia, y el nombre, que dieron.
En la celda, las olas de bochorno
y frío, de los dos, yo me las siento,
y trueque y turno que hacen y deshacen
se queja y queja los dos prisioneros
¡y su guardián nocturno ni ve ni oye
que dos espaldas son y dos lamentos!

Al rematar el pobre día nuestro,
hace el Ángel dormir al prisionero.
dando y lloviendo olvido imponderable
a puñados de noche y de silencio.
Y yo desde mi casa que lo gime
hasta la suya, que es dedal ardiendo,
como quien no conoce otro camino,
en lanzadera viva voy y vengo,
y al fin se abren los muros y me dejan
pasar el hierro, la brea, el cemento...

En lo oscuro, mi amor que come moho
y telarañas, cuando es que yo llego,
entero ríe a lo blanquidorado;
a mi piel, a mi fruta y a mi cesto.
El canasto de frutas a hurtadillas
destapo, y uva a uva se lo entrego;
la sidra se la doy pausadamente,
porque el sorbo no mate a mi sediento,
y al moverse le siguen —pajarillos
de perdición— sus grillos cenicientos.

Vuestro hermano vivía con vosotros
hasta el día de cielo y umbral negro;
pero es hermano vuestro, mientras sea
la sal aguda y el agraz acedo,
hermano con su cifra y sin su cifra
y libre o tanteando en su agujero,
y es bueno, sí, que hablamos de él, sentados
o caminando, y en vela o durmiendo,
si lo hemos de contar como una fábula
cuando nos haga responder su Dueño.

Cuando rueda la nieve los tejados
o a sus espaldas cae el aguacero,
mi calor con su hielo se pelea
en el pecho de mi hombre friolento:
él ríe, a mi nombre y mi rostro

y al cesto ardiendo con que lo festejo,
¡y pudo, calentando sus rodillas,
contar como David todos sus huesos!

Pero por más que le allegue mi hálito
y le funda su sangre pecho a pecho,
¡cómo con brazo arqueado de cuna
yo rompo cedro y pizarra de techos,
si en dos mil días los hombres sellaron
este panal cuya cera de infierno
más arde más, que aceites y resinas,
y que la pez, y arde mudo y sin tiempo!

PABLO DE ROKHA

IMAGEN*

De la materia que es seguramente porosa como esponja o como recuerdo de amante muerta o como atado de agua de alma él obtiene algo duro muy duro y lleno de esquinas: dios químico inmóvil y difícil que canta viviendo a la manera de los espec- táculos.

palomas paradas a la orilla del tiempo

comprende que el diamante se ríe entonces solo enorme- mente abriendo la cara que la piedra es tan animal como el sueño que el material del vidrio del himno tiene sangre blanca o sangre negra pero nunca roja como los deseos ni como los cuchillos o los cardenales del poniente y por lo mismo no simula la naturaleza amasando la cochinita objetiva en compa- ses de barco o tonto.

humo de piedra que ondula arrastrándose derrumbán- dose como mono de plomo bestia de hierro con lamentos y sin embargo percherón muy elástico y muy eléctrico y agilísimo ciudad mental y ausente.

alegría tan igualita a vaca desnuda o a río blanco y ancho con pescados negros terriblemente sin crepúsculos es lo con- tento de Contreras postura y lazada de viento la ecuación del canto del sembrador cuando ha sembrado del forja- dor cuando ha forjado y tiene derecho a la tarde la alondra estremecida de los picapedreros y los borrachos y los poetas y los bandidos el grito inmóvil del que descubre mundos subli- me vil altura de los que administran peligros: armas de fue- go mujeres epopeyas países sepulturas esperanzas y otros errores como el tiempo o el mundo y también alegría de serpiente enamorada y también alegría de huaso rico toma- dor y comedor cuando el otoño deshoja la primera guitarra amarilla.

frecuentemente gira y canta adentro de su imagen alguna estación de naranjas triste de mujeres y aceitunas sin horizon- te provincia del recuerdo en aquel parece lluvioso que re- tumba como día de invierno en los osarios.

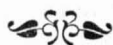
gallina del infinito que pone olores domésticos vieja del rescoldo comadres del mate con tortillas de causeo de parien- tes de violetas oliendo a azúcar quemada y lejana historia

Pablo de Rokha (1894-1968). Entre sus obras más destacadas figuran *Los gemidos* (1922); *U* (1927); *Suramérica* (1927); *Escritura de Rai- mundo Contreras* (1929); *Jesucristo* (1933); *Gran temperatura* (1937); *Morfología del espanto* (1942); *Fuego negro* (1953); *Idioma del mundo* (1958); *Genio del pueblo* (1960); *Acero de invierno* (1961); *Estilo de masas* (1965); *Mundo a mundo* (1966).

de antepasadas queso de familia a la lámpara con pueblos con muertos eternos con versos imperdonables "*posada del Tiempo*" aquella flor abierta que no floreció nunca.

toma la paloma del presidiario ave de hambre y cría soberbios polluelos contentos.

estilo de cosas no sucedieron él las agarra las abarca las aplasta estipulándolas en significado de verdades inabordables y produce el orden.



TRAGEDIA DE ARAUCO

Cruzando los siglos tronchados, a pata pelada, lo milenario, lo sacrosanto, dan la tónica sepulcral a la desgarradura popular de Chile.

El alcohol y los conquistadores, el ladrón, el matón, el cabrón vecinal, impostor y mistificador, enmascarado en la ley y en la bandera del pueblo, el tinterillo majestuosamente asesino, les robaron sus tierras y sus bestias, en la más espantosa y terrible cacería de criaturas.

Ahora, bajo los años, la carreta india golpea la tierra, o como un ataúd con ruedas, y el poncho es una gran mortaja o una gran putiada a la faz de la República.

Fina la niña y celestial como los pájaros del cielo, y la mujer parida o embarazada, con lo gran dignidad de las especies categóricas, sobre las cuales los milenios echan la pátina de los padecimientos, el varón singular, lanzando soledad con su complejo de inferioridad, tremendo; ¿cómo yo escupo a la bestia logrera que se dirige de alto-abajo a los oscuros aborígenes, más borrachos con trago amargo de desesperación que con aguardiente de burgueses que poseen un corazón falsificado de cobardes, yo, cómo desprecio al protervo criminal y mercader católico-romano, que disparó a la familia precolombina, dopado y parapetado en los códigos, cómo yo azoto al hediondo profesor de demagogia y al traidor a su pueblo y embaucador y estafador y explotador a su nacionalidad, a la cual entregó a la policía vestido de estadista, es decir, de esclavo y de sicario del Gran Capital Internacional, guerrero y campeón del asesinato de los pueblos hambrientos!; tremendamente pequeño y soberbio, como el indio deshecho pero enhiesto o como los viejos hidalgos de España, impávido y dramático es el buey aborígen, él, indio y perro son lo mismo, indio y perro, indio y perro en las laderas de Boroa o guiando o durmiendo la inmortalidad tronchada, debajo de la carreta-chancha, que se lamenta como si pariera...

Padre de Chile, mitología del discurso vil del cogoterismo en la retórica, y enteramente condenado por abigeato, cae la lluvia sobre la ruca del araucano y está lloviendo en los sepulcros, porque enfrentando los caballos con las masas épicas, el león del tambor militar de antaño está callado, Caupolicán no va rugiendo con el tronco al hombro, y don Alonso de Ercilla y Zúñiga, tiene la cara tapada con eternidad.

Un rumor colosal de cadenas de tragedia se escucha por debajo de la Araucanía y un son maldito, adentro del canelo de religión y lágrimas y adentro del espectro que recorre, solo, los campos heroicos que huelen a sangre pateada y bayoneta; un soldado español, parado y muerto, batalla en la psicología del lluvioso país frustrado, de este enorme y terrible amigo del alma, y sus costumbres son dolientes; como chocaron dos imperios: un invasor y un defensor, y hambre y muerte blandían la reyerta estrepitosa por el oro, embanderadas de cataclismos y asesinatos al pie del Rey de las Españas, arrasando los

poblados enterrados en las culturas precolombinas de América, ahora la huesera y el Panteón histórico-dramático de los héroes, dan huella tremenda a un pueblo de fantasmas acuchillados, que rumia rugiendo en las montañas o en las huracanadas praderas, la forma tórrida de antaño suenan a espuelas formidables de capitanes y a gran masa indiana, lloviendo, los cementerios aborígenes, porque está lloviendo aquí, eternamente lloviendo y tronando, lloviendo pena, sangre, tierra, y el disparo de las estupendas baterías españolas, el furor del cañón y el galope de acero del caballo, atruenan las banderas muertas; lo heroico social, sanguinario y derrotado, arde, ruge, hierve a puñaladas la resaca civil y varonil de los antepasados, y, circunscrito de cogotos y mercaderes, picapleitos y comerciantes o acometido por la policía o el imbécil dios administrado por el especulador y los nefandos intermediarios, ya no pelea, ogaño como antaño, cuando los soldados de su Majestad le robaron sus tierras, le acuchillaron su familia, le violaron sus hembras y se revolcaron como leones y como ladrones ensillados en la población despedazada, no, mira la vida irremediabilmente, vencido por el destino y el alcoholismo, pateado por discursos rabicanos o monumentos que parecen amuletos de falansterio; el catolicismo le conduce piadosamente a la domesticidad de la red vacuna, y el latifundista al equívoco del patíbulo de la sociedad organizada por sus explotadores; al gran funeral de raza concurren jueces, ladrones, frailes, patronos y poetas-putos, y el gobierno alquila esclavos indios para ministros o para krumiros, extrayéndolos del pantano de lágrimas de la ancha indiada enorme, horripilante.

Con ponchos terrosos, esta gente digna y desventurada, cubre los cuerpos llagados de dolor ancestral, hinchados de rencor nacional de pueblo con ancestro dueño de leguas de tierra y hectáreas a la redonda, en su pasado de gigante, y hoy acorralado por los gusanos; y cuando el machitún estalla, la alegría se hace temible, como en todos los desgraciados, infinitamente lluviosos, infinitamente callados, infinitamente remotos, son invierno definitivo, son lamento y categorías, porque son hombres a los que la historia de la Humanidad pateó en las entrañas.

Vistiendo hierro, comiendo hierro, mordiendo hierro y fe, no fueron bandidos porque triunfaron, los conquistadores, y el triunfador es siempre héroe, cuando el santo de adentro lo empujó al asesinato; horrorosamente fanáticos, no robaron tierras, como el ladrón bobo y astuto de las alcantarillas legales, espantosamente volcánicos, la heroicidad los redimió, arrasándolos en la propia y tremenda llama y el sol calcinó el piojo y el polvo de la jornada militar, atrabiliaria, y la moral heroica les prendió un clamor de condición multitudinaria, medio a medio del acero; hijos de Castilla o de Aragón o de Asturias, condecorados con la crueldad vertical de los aventureros del hambre gigante de Europa, ceñidos del martirio civil del humanismo, como su gallardía fue infinita, rugieron los asesinos épicos; los soldados americanos del Arauco inmortal, acumularon el cuerpo del hecho, el ser popular, íntegro y categórico de factura, las almas de las masas físicas, y al enfrentar al invasor, un aullido en precipicio, estrellándose de montaña en montaña, dio el lenguaje total de la libertad y la dignidad humana y la lección de honor de la época, y fue vencido el ancestro-líder; de adentro del crujimiento de esqueletos, emergió lo chileno.

Estrellándose en ciudades crepusculares del Sur lluvioso y colosal, ruidosas como prostíbulos o como amargos animales de restaurantes, sucias de moscas y explotación, en las que los rufianes actúan como hoteleros, porque los hoteleros actúan

como rufianes, se arrastran los micros sembrando piojos y palabrotas de asesinos del volante, por allá debajo de Temuco, en donde rebullen las picanterías y la empanada falsificada, como los vinos sellados y estampillados, a fin de estafar en complicidad con el Estado, las mismas botellas con precios distintos, envenenan la clientela, la indiada desorbitada como el régimen, sufre y hunde la cabeza en el abismo; y si tallaron con corvos sonoros, los rotos gloriosos, la epopeya del Continente, estupenda, fue sindudamente, pues, porque, entonces, los santos bandidos de Iberia y el héroe autóctono, resuellan en nuestros grandes pulsos; el dominio vil del idiota, del negociante roñoso y miserable, del acaparador de las tierras y las materias primas se les impone a patadas embanderadas de mentiras y demagogia, y la honorable criatura aborigen, ya alcoholizada por sus ladrones y sus explotadores, escarba los suelos vacíos.

Los antiguos cementerios son estercoleros de vacunos y de académicos, flor de presidio la familia, asesinato las queridas artesanías, luto el mundo, y la epopeya guerrera estupenda, se deshace en el ruín hocico del krumiro, chorreando de concupiscencia, porque buscar en donde parir o morir es trágico, sufre el mapuche las gestas antiguas, y el pasado es macabro cuando no se entiende; algún último cultrún de limosnero, patea la caridad pública, en las esquinas deshabitadas del nocturno cosmopolita, y arriban a la magistratura estatal indios-mendigos de smocking y reloj pulsera, con la traición a su raza en la barriga; pleitos y piojos, piojos y pleitos y mixtificación, les sembraron los alquilados Mesías aventureros, y ahora los acusan, como si fuera posible y humano bañarse en el estiércol y escribir un gran poema categórico, con voz y con gente adentro, no exactamente con lo mismo que se engendran los hijos en el camastro, al cual el huracán azota como a una oscura nave en mares de sangre incendiándose, contra las rocas que aúllan, sino con vino adulterado; atardeciendo se levantan los viejos toquis muertos, y un alarido de heroicidad, infinito recorre la Araucanía, como un calofrío a un cadáver; los arruinó el maricón mediocre y cochino, que escribe, para las ramerías, artículos de periódicos en donde convergen y riman *pingajo* con *carajo*, y exclama: "he ahí, señores, la poesía popular realista", el trapisondejo "*hombre de orden*", que se acuesta con su criado, la vieja peluda y latifundista que alegremente les saquea las tierras y arroja la gran meada aristocrática sobre la mesa indiana, el hijo de cura y puta del eslabón tinterilleril y el Supremo Gobierno que los abandonó y los encarceló, cuando, por flojera y por vergüenza y por tristeza de años de años de explotaciones, se robaron la oveja que les robaron...

Allá "do" están los rumorosos álamos y el castaño y el naranjo secular, cargado de familias de cánticos y pájaros y el limonero que dio el estribo y el "gloriado", y la vid, abuela del vino, madre del fudre, tía primera de la santa y sabia tinaja y el ciruelo y el canelo que tenía a "dios" adentro, no estuvo nunca la ruca indiana, ensimismada y macabra, la cual no contempla la naturaleza ni siquiera como el rancho del huaso, porque sólo ella se mira a sí misma, desoladoramente por una oscura tumba, y el amor indio estalla y se agacha, en su corazón o brama como un toro acorralado, por debajo de la bandera negra del fogón, que humea con sensación de caverna que se incendia, de enorme e ilustre hornazo de carbonería, de gran botella de humo o de gran cabeza de búho y que recoge todos los inviernos del mundo y el rumor insular de todos los inviernos del mundo, en su actitud sub-geológica, sub-chilena, sub-ultramarina.

Sólo los hijos de Recabarren le abrieron los pechos obreros

en el "Congreso de Trairaico", y Winétt los inmortalizó en la lengua épica de "*Abrazo o Racimo*", cantando el antaño vernáculo de Arauco y clamando su gran congoja, gritando su gran miseria, bramando su gran angustia; ¡cuándo los vamos a redimir explotándolos, azotándolos, humillándolos y cómo si están solos y están rotos a patadas y los arrasó el conquistador no estarán ahitos de rencor y de dolor histórico; menospreciados por abajo y con redención de fusilamiento, los indios chilenos arrear sus carretas de vergüenza y mercadería de espanto, y el comerciante en cadáveres saltea sus choapiños de pelaje desventurado con negro dinero de quemazón de la República que planteó el asesinato general de la propiedad india, majestad-abajo en las épocas, rajando el pecho de Chile; las lluvias sangrientas obscuramente azotan las araucarias eminentes, y está doliendo y atardeciendo siempre, rugiendo siempre el mar y el huracán rabioso, enfurecido y gélido, siempre bramando muerte alguna bestia adentro del invierno; oigo sus trancos mortales y acuso con gran voz acusatoria al extorsionador de indígenas e invito al guaina, al hueñi, al huinca, al cacique ensangrentado de humillación, a enfrentar al ladrón de tierras, con el Código y la tenebrosa carabina recortada debajo del andrajito social de su figura; como un chorro de vergüenza, las matanzas de Lonquimay, manchan la cara de la patria, y corren los colonos pobres, perseguidos por bandidos de frac y condecoraciones; desterrados de la ley burguesa, rehuyen los mapuches a sus conacionales protervos y así como el pascuense oceánico, plantea la bandera de la estrella solitaria como el símbolo de la piratería y el peón al patrón como ladrón, los últimos descendientes de héroes de Chile, nos marcaron como aciagos antropófagos sociales.

Como el cuáquero mixtificador y pícaro y el tenebroso puritano revestido de religión y de concupiscencia, —los dos negros— encadenaron al África natal, ultrajándola a latigazos o a puñetazos, redida, y aún restallan las huascas macabras en las espaldas ensangrentadas, el invasor de extranjería, ensayó la Winchester y apuntó al corazón araucano, cobardemente, respaldado y parapetado en abigeatos de égloga.

Relinchos de caballos muertos, bramidos de soldados muertos, y bravura de guarniciones de mocetones muertos, azotan las laderas cordilleranas, cuando el canto funeral flamea sus banderas de soberbia, frente a lo irreparable y la unidad total de la muerte arrasa las categorías humanas; el problema del indio y el poema del indio y la tragedia del indio lo mismo herido es y es enorme el potencial del héroe precolombino que deviene sangre de mártires; embotellemos al turista imbécil con chaqueta de conejo y de animal embotinado que ofrece cabelleras de sepulturas, porque andamos pisando andrajitos de pólvora y lo exorbitante aúlla: ¡maldito el cretino legal, con el escrito de las tinieblas y el mal policía de camarilla y subterráneo con caballos de locura; por adentro del Cerro Nielol, los vientos tremendos de la eternidad, rugiendo, agitan las montañas de las epopeyas, y el capitán indo-español, se nos subleva y escarba la historia, clavando un impacto de bala, en la entraña social del régimen...

País solitario, nación sumergida, deshaciéndose en las rucas profundas que naufragan tiempo-abajo como barco roto y en donde tizones humean con lamentos de funeral, el abuelo creador de poetas-oradores-guerreros, pisoteado con alcohol, gravita; ¿ya no hará jamás temblar la historia americana con el coraje de sus mocetones?; enarbolando un pabellón estupefacto como un muerto de pie, gritando, es el antepasado colosal que acusa a la República.